

El evangelio y la unión con Cristo

Texto bíblico: Gálatas 3:25-29

De acuerdo con las leyes de nuestro país, una persona alcanza la mayoría de edad cuando cumple los 18 años, aunque desde los 14 ya se le considera responsable ante la ley. Algo así sucedía con los infantes en la antigua Roma. La etapa desde el nacimiento hasta los 7 años se le conocía como *infantia*. Durante esta edad eran atendidos por familiares o tutores. Los niños en esta condición eran considerados *doli incapaz* que es algo como “incapaz de intención criminal a los ojos de la ley”. Sin embargo, hasta las edades de 12 años para los niños y 14 para las niñas, estos eran considerados *impúberes*. A los 15 años se consideraba que un niño pasaba a la etapa adulta y solo entonces podía gozar de privilegios paternos (herencia o algún otro legado) y experimentaba la responsabilidad legal.

Todo esto para poder ambientar el contexto de lo que veremos en el día de hoy y que tiene relación con lo que Pablo habla a los gálatas en su carta. Recordemos que todos estos acontecimientos se desarrollan en el contexto cultural de esa Roma antigua por lo que esta música de fondo nos ayuda.

En el texto anterior, vimos como Pablo mostraba qué papel desempeñaba la ley para los creyentes y cómo si bien ella no podía salvarnos, si nos conducía a Cristo al revelar que somos pecadores, que no podemos cumplirla y que necesitamos un salvador. Pablo usó además una ilustración llamativa que es importante que traigamos a este sermón. Él se refirió a la ley del Antiguo Testamento como un ayo (un pedagogo, tutor o guía) que estuvo con nosotros hasta que vino Cristo. Lo que eso quiere decir es que todas esas leyes que encontramos en los primeros libros de la Biblia no eran otra cosa sino una forma “criarnos” a fin de que a su debido tiempo pudiéramos venir a Jesús.

Pues bien, el versículo 24 y 25 nos dan la transición: Nosotros estábamos bajo ayo, o el tutor de la ley, hasta que Cristo viniera, pero ahora que Cristo ha venido, ya no están bajo ayo ¿entonces, ¿cuál es la realidad? Bueno, ahora son Hijos por la fe en Cristo.

Es de eso de lo que hablaremos en la mañana de hoy, de esa nueva condición que se nos ha sido atribuida al estar unidos a Cristo. De lo que ahora somos. La idea de Pablo a los gálatas, siguiendo con la analogía, es esta: ustedes ya no son infantes o pueros, ustedes ya han alcanzado la edad suficiente para ser herederos

del Padre. Ahora pueden disfrutar de los privilegios de un hijo. No que el haber estado bajo la tutoría y cuidado del pedagogo fuera una esclavitud, pero esa época ya se ha ido; ahora han sido entregados al Padre. Están unidos a su familia.

Aquí se introduce un nuevo tema en el proceso argumentativo de Pablo. Hasta ahora él estaba mostrando por qué no era correcto para un creyente vivir guardando la ley del Antiguo Testamento, pero ahora pasa a explicar el por qué, la razón es que si estamos en Cristo somos hijos de Dios y esa es una realidad gloriosa. Todo lo que veremos en adelante y en todo el capítulo 4 es la ampliación de esta realidad: si están en Cristo somos hijos verdaderos de Dios, herederos de Abraham. Es simple realmente.

Veremos, por tanto, esa realidad de la unión con Cristo y sus implicaciones a la luz de los siguientes puntos:

1. El hecho: Estamos unidos a Cristo (25-57)
2. Primera implicación: Somos uno en Cristo (28)
3. Segunda implicación: Somos herederos en Cristo (29)

El hecho: Estamos unidos a Cristo (25-57)

Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.

Este es un pasaje simplemente hermoso. El gran tema de la carta a los gálatas se resuelve en este punto: ¿Qué es lo que hace que alguien se aun hijo de Dios, un heredero de Abraham? Algunos en Galacia responderían que cumplir al pie de la letra la ley de Moisés; pero Pablo ha probado a la saciedad que eso no es lo que Dios da a entender, la ley no tenía el propósito de salvar; así que la respuesta resuena con contundencia: se llega a ser hijo de Dios por creer con fe Jesucristo, el Hijo de Dios.

Pero vamos a desmenuzar todavía esa frase. Hay mucha riqueza ahí:

- Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo: Hablamos de esto la semana pasada, no voy a ahondar mucho aquí. Es claro que Pablo menciona como ha llegado el momento en que creer en Cristo Jesús, la fe, ha reemplazado a la ley como una forma de entablar una relación verdadera con Dios. Ese día vino el día que Jesús se levantó de entre los muertos y se convirtió en la propiciación efectiva de nuestros pecados.

- *pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús:* Quiero que lo lea de nuevo. Todos somos hijos de Dios por la fe en Cristo. Esta es la gloriosa doctrina de la unión con Cristo. Es descrita en palabras simples. Aquellos que creen en Cristo establecen un tipo de vínculo irrompible con Dios, se convierten en sus hijos. Noten que Pablo no está diciendo que todo el mundo es hijo de Dios, se refiere a todos los que creen en Cristo Jesús. Eso es lo que hace que seamos adoptados en la familia de la fe. Noten que no es algo que va a suceder. No es que Dios nos declara hijos en el día final cuando estemos frente al trono. NO estamos ahora pasando un examen y esperando por el resultado. Si hemos creído en Cristo SOMOS HIJOS DE DIOS.
- *Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos:* Aquí Pablo enriquece aún más la idea anterior. Si estamos sumergidos en Cristo (eso significa bautizados, no en el sentido del. Bautismo ritual si no el hecho de pertenecer a Cristo). La idea que quiero que traiga a su mente es la de alguien desnudo que de repente es completamente cubierto con una túnica, eso es exactamente lo que describe nuestra unión. NO es algo emocional, no es un aspecto místico o algo que nos imaginamos, nuestra unión con Cristo es un hecho espiritual real. Desde Génesis 3, cuando Adán y Eva pecaron, una de sus primeras reacciones fue intentar cubrirse con unas hojas de higo, pero Dios los vistió con túnica de pieles de animales. Esa ha sido la historia de la humanidad por siglos. El hombre ha intentado encontrar formas de cubrir su vergüenza, la que produce el pecado. Algunos la visten de moralidad, otros de activismo, altruismo, filantropía, etc. Sin embargo, siguen desnudos; no es sino hasta que creemos en Cristo que él se convierte en nuestro vestido y ya no somos vistos como desnudos expuestos a la vergüenza, sino que ahora tenemos nada menos que la ropa de Cristo. en su libro *Gálatas para ti*, el pastor Tim Keller argumenta que *la ropa de Cristo se convierte en nuestra identidad*, en lo que somos. Cristo es el vestido de un cristiano, no solo ante los hombres sino ante Dios. Cuando el Señor nos ve, no ve nuestro pecado ni nuestra vergüenza, ni nuestro pasado, ni nuestras maldades, él no ve nuestros harapos malolientes; él ve la justicia intachable y perfecta, la ropa blanca y pura de su hijo y entonces somos recibidos en él.

¿Has logrado captar la idea detrás de todas estas palabras? La fe nos une a Cristo y nos pone en una nueva relación con Dios en una forma en que nada más pudiera lograrlo. Pero lo más glorioso de esto es que esta es una

realidad que nunca cambia. No importa si un día te levantas con tus emociones descolocadas y te ves como un mendigo, eso no cambia la realidad de que sigues siendo un hijo de Dios.

A veces nuestros pecados parecieran manchar la ropa de la justicia de Cristo, pero ella es tan pura que termina no solo escondiendo la mancha sino purificándonos de modo que no volvamos a mancharla.

Cuando entendemos esto es que nos convertimos verdaderamente en cristianos. Amados, es esto lo que nos define. Por encima de cualquier cosa en nuestra vida. Ni siquiera nuestro nombre y apellido nos define como lo hace nuestra fe en Cristo. Somos hijos amados de Dios.

Muchas personas viven en búsqueda de esa identidad, de algo por lo cual ser conocidos. Por tener dinero, fama, por su apariencia, por su inteligencia; pero todas estas cosas son efímeras, solo nuestra definición como creyentes habría de permanecer. Amigo que estás aquí, tal vez tú seas uno de estos que no sabe hacia dónde se dirige su vida. Déjame decirte, tú necesitas a Cristo, necesitas ser vestido de su justicia, necesitas una nueva identidad.

Entonces ¿qué implica esta nueva identidad? Soy un hijo de Dios ¿y ahora qué? Pablo presenta al menos dos implicaciones de esta realidad, por supuesto, no son las únicas, pero son importantes. La primera de ellas:

Primera implicación: Somos uno en Cristo (28)

Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.

Esta es una implicación relevante en el contexto de los receptores de esta carta. Recordemos que su problema era pretender elevar las costumbres judías al estatus de universales, de modo que, si alguien quería llamarse a sí mismo hijo de Dios, no importa si vivía en otro continente, debía cumplir todas las normas dadas a los judíos, y eso hace que las palabras de Pablo sean contundentes. Pero no solo había problema desde esa orilla, también desde el contexto Romano en el que los de Galacia también estaban inmersos. Así que la idea es esta: si estamos unidos a Cristo, nadie es más que nadie. Nadie está por encima de otro ante Dios. Todos estamos exactamente a la misma altura. No hay creyentes de segunda categoría. Esto se ve claramente en tres áreas:

- Etnia o cultura/ no hay judío ni griego: Esta era la división más marcada entre los primeros cristianos. Los judíos tenían prohibido incluso comer con los que eran gentiles (no judíos), pero. ¿cómo iban a ser las cosas ahora en Cristo? Al parecer algunos querían hacer prevalecer esa distinción, ese era el problema, pero Pablo deja claro que no, que en Cristo Jesús tal barrera cultural o étnica no existe. En Efesios 2:14 la Biblia dice que Cristo derribó la pared intermedia que nos separaba (a judíos y gentiles) haciendo la paz y de los pueblos formó uno solo.
- Clase social: Ni esclavo ni libre: En la antigua Roma estas clases eran muy marcadas. Los hombres se enseñoreaban con maldad y la esclavitud segregaba socialmente a la sociedad. Un esclavo no tenía los mismos derechos que un libre, y aunque Pablo no está lanzando una sentencia revolucionaria contra la forma de esclavitud de la época, si está diciendo que en Cristo todos tenemos igualdad ante Dios. Que un esclavo pudiera llamar a su amo “hermano” era impensable, pero era ese exactamente el orden que el cristianismo estaba trayendo. Era un nuevo reino. Los ricos no tienen más favor de Dios que los pobres y los pobres no son más cercanos que los ricos. Nadie puede pretender traer este tipo de distinciones a la iglesia porque es atentar contra la obra misma de Cristo.
- Género: hombre o mujer: Esta tampoco era una discusión menor. Algunos historiadores, como Flavio Josefo, registran que las mujeres eran consideradas inferiores a los hombres, en derecho y dignidad. Una mujer no podía heredar o establecer contratos. Pero aquí vemos de nuevo a Pablo dejando claro que en Cristo Jesús tales barreras son quitadas. Esto por supuesto no elimina el hecho de que hombres y mujeres son diferentes; la idea no es desdibujar la naturaleza cultural, social o de género, no significaba que el gentil o el judío debían renunciar a sus costumbres culturales, como tampoco que las mujeres y hombres renunciaran a las suyas, la idea era más bien establecer una igualdad de dignidad y de derecho ante Dios. Un hombre no era más hijo de Dios que una mujer.

No puedo dejar escapar la tremenda relevancia que este pasaje tiene para nosotros en un contexto tan similar. En medio de grandes debates sobre la igualdad y la equidad, sobre derechos aquí y allá, conviene que veamos la manera en que Dios ve las cosas. Como mencionamos, no se trata de que los individuos pierdan su identidad o la desnaturalicen, sino que el ejercicio de su fe no esté afectado por estos aspectos.

En la iglesia del Señor nadie es más hijo de Dios o más espiritual por alguna cosa externa al Evangelio. Estas distinciones que a veces vemos entre ricos y pobres y la segregación no proviene del Señor. Escuchamos hablar de “iglesias de ricos” e “iglesias de pobres” Santiago condenó esto cuando dijo que en la iglesia reservaban algunos asientos para los pudientes, pero a los pobres los dejaban fuera. Tanto que hasta se han creado etiquetas de distinción. Alguien me comentó una vez, en un acto de evidente ignorancia, que si nuestra iglesia era cristiana o evangélica. Yo le pregunté que cuál era la diferencia, y su respuesta fue algo como que las iglesias evangélicas eran de gente con poca cultura, que gritaban y se caían al suelo, pero los cristianos eran un poco más civilizados, menos fanáticos y tenían más como un estilo de vida. Eso es lamentable.

No debe haber menosprecio de los ricos hacia los pobres, pero tampoco debe haber rechazo y resentimiento de los pobres hacia los más acomodados socialmente, ambas cosas provienen de la carne y no del Señor. Y esto es importante, sobre todo porque en ocasiones la pobreza se suele ver como una virtud cuando en realidad puede ser el nido del odio, la amargura, la envidia y otros pecados. Sí, debemos señalar la avaricia de los que aman el dinero, pero también la codicia de los que lo desean sin alcanzarlo.

Como iglesia queremos trabajar en ser una familia de creyentes. Que los hermanos que contratan a otros los traten con dignidad y que los que trabajan para empleadores creyentes les sirvan como a Cristo. Todo celo, menosprecio, es un atentado a Cristo mismo.

Y la razón de todo esto es simple: ¿Cuál sería la razón para pensar que yo soy superior a otro? Si no fuera por el vestido de Cristo sería un pecador que iría al infierno. Eso y nada más. ¿Dónde está entonces la jactancia? Yo no puedo ser más digno de lo que ya soy en Cristo, no puedo ser más hijo de lo que ya soy; pero tampoco puedo hacer a otros menos hijos por alguna cosa en particular.

Así que, si estamos vestidos de Cristo, significa que somos uno. Una familia unida en la fe para la gloria de Dios y esta es una idea que me encanta. Es el ancla de la verdadera comunión bíblica.

Pero hay una segunda implicación a la que el apóstol Pablo hace referencia:

Segunda implicación: Somos herederos en Cristo (29)

Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.

Si todavía quedaba alguna duda de nuestra identidad esta declaración la resuelve. Los que están unidos a Cristo son los verdaderos herederos con Abraham.

Este es un concepto que Pablo ha destacado a lo largo de toda la carta. Parece que era uno de los puntos importantes en discusión. Los judaizantes de Galacia decían: para ser considerado un hijo de Dios, descendiente de la promesa de Abraham, debías observar toda la ley; pero aquí Pablo reafirma, NO, si estás en Cristo ya eres descendiente de Abraham.

Puede que para nosotros esta declaración no se vea tan relevante, después de todo nos que hayamos crecido con la idea de la promesa de Abraham siendo parte de nuestra vida. Pero si logramos entender lo que significa ser linaje de Abraham y heredero según la promesa, entonces habremos logrado lo más importante:

- **Linaje de Abraham:** Esto significa que pertenecemos a la familia de aquel a quien el Señor prometió bendecir. Cuando Dios llamó a Abraham le dijo que en él y en su simiente serían benditas las familias de la tierra. Así que ser bendecido por Dios alcanza su máxima expresión si uno es considerado parte de la familia de Abraham y ya vemos que no necesitamos rastrear nuestro linaje étnico, si hemos creído en Cristo ya somos parte de esa familia y, por tanto, receptores de la bendición de Dios.
- **Herederos según la promesa:** Notemos que la herencia mencionada aquí no es la tierra prometida (los de Galacia no vivían en territorio de Israel). Esto apunta más hacia el futuro. La promesa de Dios a Abraham no apuntaba solo a una tierra en este mundo sino a una patria celestial, algo más allá de este mundo. La herencia de la vida eterna (Heb 11:8-10). Él esperaba una tierra cuyo arquitecto es Dios.

Mi hermano, no sé si tú piensas en las cosas futuras, no sé qué tan preocupado vives por el mañana, pero este texto es esperanzador. Si tú estás en Cristo tú tienes asegurada la promesa de que cuando este mundo, este cielo y esta tierra nueva no estén, tú serás heredero con él de la tierra nueva, donde mora la justicia y donde no hay muerte ni pecado, ni dolor. ¡Qué glorioso!

Si tú estás en Cristo no debes tener miedo de su venida. Si tú estás en Cristo Jesús tú no esperas el día para saber si irás o no, tú ya eres un heredero de ella.

Aquí solo somos peregrinos, caminamos de paso porque buscamos nuestra verdadera tierra.

Ayer escuchaba una canción escrita por Henry Lite y traducida al español por Sovereign Grace Music que describe muy bien esta realidad:

*Nuestra gloria Cristo es,
Nuestra esperanza fiel;
Buscamos un reino y una ciudad,
Fundada por Cristo y libre de mal.
Si aumenta la angustia y crece el dolor,
La gloria esperada es mucho mejor;
No importa si hay penas o felicidad,
¡La luz de Su rostro más fuerte será!*

Así qué: Ya no estamos bajo la ley, la gracia ha venido. La fe se nos ha sido dada. Estamos unidos a Cristo por la fe y eso significa que somos uno en Él, que tenemos la bendición de Abraham y heredaremos la tierra prometida a él. Una vida Eterna por los siglos. Amén.